Seguir a Jesús como **Juan-María de la Mennais**



Hermano Yannick Houssay, ficp

Hermanos Menesianos

Seguir a Jesús como

Juan-María de la Mennais

Hno Yannick Houssay Rome - 2010

A los Hermanos Y a los Laicos menesianos

Damos las graciass al Hernano Miguel-Angel Merino por la ayuda ofrecida en la elección de los textos de Juan María de la Mennais.

Damos las gracias a todos los que han contribuido a las traducciones en las ediciones inglesa y española: los Hermanos Miguel-Angel Merino, Gil Rozas, Robert Smyth, James Hayes, Pierre Berthe



Introducción.

A los miles y miles de sacerdotes reunidos en la plaza de San Pedro para un encuentro de oración, el 10 de junio de 2010, Benedicto XVI recordó la prioridad fundamental de la relación personal con Cristo: « No descuides tu propia alma : si descuidas tu propia alma, tampoco puedes dar a los demás todo lo que deberías darles ... La relación con Cristo, el coloquio personal con Cristo, es una prioridad pastoral », les dijo citando un texto de San Carlos Borromeo.

Este librito quiere ser también una invitación a seguir a Cristo por un camino que compromete a cada uno perso-

nalmente. Para ello, nos adentraremos en la escuela de Juan María de la Mennais. El 150° aniversario de su muerte nos ofrece, de hecho, la oportunidad de reforzar los « lazos interiores y espirituales » (1) con nuestro Fundador. Es él quien nos propone aquí convertirnos a Jesús, seguirle y, en contacto con Él, reavivar nuestro celo apostólico y nuestro deseo de darle a conocer y amar.

A lo largo de estas páginas, según los temas abordados, cada texto de Juan María de la Mennais está relacionado con la Palabra de Dios. Ésta se abre después a la plegaria. Finalmente, desemboca en una actitud de vida, que es como la puesta en práctica de la enseñanza recibida. A través de estos textos elegidos, se vislumbra una espiritualidad. De esta manera, cada uno está invitado a dejarse transformar por el Espíritu que inflamaba el corazón de Juan María de la Mennais.

Estas páginas se presentan para ser utilizadas a lo largo de treinta días, con la meditación diaria de una palabra de nuestro Fundador. Los consejos que siguen a continuación no son más que un ejemplo. Cada cual sabrá utilizarlos

como quiera y seguir el camino sugerido, según su propio gusto:

- En el momento señalado, ante un icono y una vela encendida, sea en la capilla de la comunidad o en la iglesia parroquial, o incluso en casa, nos tomamos un tiempo de silencio durante el cual, con mucha calma, nos ponemos en una disposición interior de escucha de Aquél que está presente.
- Después de habernos preparado a la escucha interior de Dios, llega el momento en que se lee la cita del Padre de la Mennais. Y nos dejamos interpelar por ella.
- Luego escuchamos la Palabra de Dios que viene asociada a ella. Procuramos entender su significado, en relación con el texto de Juan María de la Mennais. Buscamos la relación entre ambos textos. Y lo más importante es escuchar interiormente al Señor que nos habla.
- Poco a poco, dialogamos con el Señor, que está presente en nuestra oración, como se habla con un amigo. No se trata de sentir, sino de creer que a través de estas pala-

bras leídas y meditadas y de las que le dirigimos en nuestro interior, Dios está ahí.

• La breve oración y el texto que siguen, nos dan algunas pistas de acción. Iluminan nuestra forma de vivir con Dios y con nuestros hermanos, siguiendo a Cristo como lo hizo Juan María de la Mennais. Nos invitan a dejar este tiempo de oración con el deseo de poner en práctica lo que hemos aprendido.

Los textos elegidos son pocos. Este librito es una invitación a continuar el camino. El lector puede seguir alimentándose de los diversos consejos, cartas y sermones de Juan María de la Mennais, y escuchar a través de ellos la Palabra que los inspiró o que resuenan en el fondo del corazón.

Para que hoy día el carisma menesiano dé buenos frutos, debemos dejar, de hecho, que estas palabras nos interpelen, nos iluminen y reaviven nuestro entusiasmo. Este proceso de conversión necesita de una escucha amorosa, silenciosa y orante de la Palabra. Así, dejaremos que « la

suave brisa » que percibe nuestro corazón, se prolongue en oración y en obras de salvación.

Éste es un buen ejercicio para despertar en nosotros el carisma menesiano y la herencia espiritual de la que somos beneficiarios. Lectura carismática de la Palabra, escucha del Espíritu que inspiró a nuestro Fundador, poco importa cómo vamos a llamar a este ejercicio. Lo importante es seguir a Jesús, al Verbo encarnado, según nuestra propria gracia, por el camino que siguió Juan María de la Mennais.

Que el Señor conceda a todos y a cada uno de los que abran este librito, un amor muy grande por Él y por sus hermanos, especialmente los niños y jóvenes a quienes Juan María de la Mennais deseaba tanto transmitir la luz y el gozo de Cristo.

Índice de Temas.

1.	Dios solo	13
2.	Ser imagen de Cristo	25
3.	Ser santos haciendo santos	37
4.	Dejad que los niños vengan a mí.	
5.	Cumplir humildemente la voluntad de Dios	
6.	Confiar en la Providencia	73
7.	Llevar la cruz con Jesús.	
8.	Paz y unidad, frutos del don de si mismo	97
9.	En la Iglesia-comunión	109
10.	Oremos sin cesar	121
11.	Con María, nuestra Madre	129
12.	Providencia de mi Dios	133



DIOS SOLO



prendamos a desprendernos de todo, para no contar más que con Dios solo; Él no nos falla nunca; siempre está cerca de nosotros, para iluminarnos, consolarnos, fortalecernos. Si, pues, estamos, ciegos, tristes y débiles es porque no recurrimos a él con una fe suficientemente viva y una confianza suficientemente tierna.

(à Mlle Amable CHENU. 1813)

« Despertándose, él increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio!¡Cállate!». El viento se aplacó y sobrevino una gran calma. Después les dijo: «¿Por qué tienen miedo? ¿Cómo no tienen fe?» (Mc 4, 39-40)



Señor, tú no dejas de interesarte por nuestras miserias.
Si acudimos a Ti, vienes en nuestra ayuda.
Tú calmas las olas que nos abruman.
Tú nos das la paz del corazón.
Y suscitas en nosotros admiración y alegría.
Gracias a Ti, nunca nos paraliza el miedo.
Tú nos invitas a amar de obra y de verdad.



Estamos dispuestos para proclamar alto y fuerte que no nos apoyamos más que en Dios Solo. Pero cuando llega una prueba, la luz interior se obscurece y la confusión nos hace perder la fuerza en la que nos apoyábamos cuando todo iba bien.

Pero Dios está cerca de nosotros y nunca nos falla, nos recuerda Juan María de la Mennais. Esta verdad de fe se resiste a nuestras impresiones. Sólo bastará que nos acordemos de nosotros mismos sin atender tanto a nuestros estados de ánimo.

Cuando nos invada un sentimiento de tristeza o de amargura, no le prestemos atención ni nos encerremos en él. Abrámonos a los demás y entreguémonos generosamente a ellos.

No contar más que con Dios solo, supone que debemos estar atentos, con calma, a la voz interior del Espíritu, y no dejar que otros asuntos invadan totalmente nuestra mente, nuestra memoria y nuestra voluntad.



2° día

DIOS SOLO



unca, mi buen amigo, me ha sucedido y, con la gracia de Dios, nunca me sucederá el turbarme por algo que no depende de mí. Un simple Dios lo quiere me basta.

(a Coëdro, 1834)

« ¿Acaso no se vende un par de pájaros por unas monedas? Sin embargo, ni uno solo de ellos cae en tierra, sin el consentimiento del Padre que está en el cielo.



Ustedes tienen contados todos sus cabellos. No teman entonces, porque valen más que muchos pájaros.» (Mt 10, 29-31)

Señor, Tú nos conoces bien, sabes que a menudo nos cuesta no sentirnos turbados por las contrariedades de todo tipo. Enséñanos a no echarnos la culpa, pues no somos responsables de ello. Concédenos que sepamos aceptar sin irritación ni amargura lo que nos molesta o nos decepciona. Que en lugar de sentir temor, volvamos a Ti nuestra mirada confiada.



No dejar lugar a la turbación.

En realidad, muchas cosas no dependen de nosotros. Muchos acontecimientos de la vida diaria, incluida la enfermedad, no dependen de nosotros. Aceptar los acontecimientos con su conjunto de contrariedades y sorpresas buenas o malas, es todo un arte en la vida. La vida misma se encarga de llevarnos por caminos que ni habíamos previsto seguir. Sin embargo, para el creyente cada instante es el momento de Dios.

Frente a lo que nos molesta o nos parece un fracaso, ¿por qué nos sentimos mal? Si tenemos algo que reprocharnos, tratemos de repararlo y evitemos volver a cometer los mismos errores o caer en las mismas faltas. Acudamos a Dios que da generosamente sus dones a quienes saben recibirlos.

Cada noche, al revisar nuestra jornada, comprobemos si hemos obrado por Dios solo. ¿No nos bastará un « Dios lo quiere »?



3^{re} día

DIOS SOLO



y! ¡Por qué no pondréis en el fondo de vuestra alma la paz de Dios, y la esperanza de su reino! ¡Por qué no os desprendéis de la nada para uniros al todo!...Dios mío, te he escogido como mi herencia y esta herencia nunca me será arrebatada, sólo Tú eres algo para mí, y para siempre Tú solo, Dios mío, serás todo para mí; la vida no es nada, la reputación no es nada, la ciencia no es nada, la salud no es nada, la fortuna no es nada, ¡Dios sólo! ¡Dios sólo!

(Memorial p. 90)

« Más aún, todo me parece una desventaja comparado con el inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él he sacrificado todas las cosas, a las que consi-

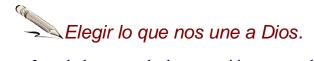


dero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo y estar unido a él... Digo solamente esto: olvidándome del camino recorrido, me lanzo hacia adelante y corro en dirección a la meta, para alcanzar el premio del llamado celestial que Dios me ha hecho en Cristo Jesús. (*Ph 3, 8-9a, 13b-14*)

Señor, nos sentimos atados a tantas cosas que, cuando nos faltan, producen en nosotros frustración y amargura.
Enséñanos a entregar todo de verdad, a considerar como basura todo lo que nos retiene para ir a Ti sin rodeos. Haz que podamos decir con Juan María de la Mennais: « Tú solo eres im-

portante para mí, y para siempre Tú solo ».





La salud no es nada, la reputación no es nada, la ciencia no es nada,... pero todo eso se da por añadidura a quien no busca más que el Reino de Dios y su justicia. Todo se da gratuitamente a aquél que se consagra al sumo bien que es el mismo Cristo, que nosotros hemos « elegido como herencia », como dice Juan María de la Mennais.

Aquél que es discípulo de Jesucristo no debe preocuparse ya de nada. Recibe lo que necesita, la paz y la esperanza.

Esto es, sin ninguna duda, a lo que invita el Padre de la Mennais cuando llama a desprenderse de la nada para apegarse al todo. No se trata, pues, de deshacerse de lo que es bueno y hermoso, sino de no dejarse devorar por lo que no tiene valor evangélico.

Desatémonos de todos esos lazos que nos encadenan, y unámonos a Aquél que teje lazos de fecundidad.



4º día

SER IMAGEN DE CRISTO



jos me ha creado para su gloria, por lo tanto, debo referir a él todas mis acciones, debo aplicar mi espíritu a conocerle, mi corazón a amarle, mis fuerzas a servirle.

(S I p. 15)

« Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, el que nosotros hemos anunciado entre ustedes – tanto Silvano y Timoteo, como yo mismo– no fue «sí» y «no», sino solamente «sí».



En efecto, todas las promesas de Dios encuentran su «sí» en Jesús, de manera que por él decimos «Amén» a Dios, para gloria suya. » (2 Co 1, 19-20)

Contigo, Jesús, el Viviente, quiero decir Sí al Padre.
Sé que es el Espíritu quien puede decirlo en mí. Déjame entrar en tu misterio de amor y pronunciar este Sí con gozo, para gloria del Padre.
Ayúdame también a mostrar a todos, y especialmente a los niños y jóvenes, la dicha de conocerte, de amarte,

de entrar en tu misterio y de asemejarme a Ti.





« En mi « sí », no hay ningún « quizás », ni el menor « más tarde », ningún giro y ningún retraso. Todo a lo que responde mi « sí » está aquí y ahora ».

« Dios me ha creado para su gloria », le gustaba repetir a Juan María de la Mennais, como a tantos y tantos santos. Nos ha creado para su gloria, y su gloria es también la nuestra.

Es a través de este « sí » actual como entro en esa categoría de hijo de Dios. Sin que pueda medir toda su extensión, « la anchura, la longitud, la altura y la profundidad » (Ef 3,18), estoy invitado a « conocer » ese « sí » de Cristo « que supera todo conocimiento » (Ef 3,19b).

Pronunciar, en este momento, el « sí » absoluto del Hijo, me hace entrar « en la plenitud de Dios » (Ef 3,19b).



SER IMAGEN DE CRISTO



a profesión religiosa es... una participación en el sacerdocio de Jesucristo, ya que esa nos asocia a las funciones divinas de su redención, tanto a su caridad hacia los hombres como a su celo por la gloria de su Padre... Ved, pues, qué grande es el misterio que va a suceder en vuestra alma... todo el trabajo de la vida religiosa consiste en perfeccionar esta huella divina...

(S VII p 2169)

« Por eso, Cristo, al entrar en el mundo, dijo: "Tú no has querido sacrificio ni oblación; en cambio, me has dado un cuerpo. No has mirado con agrado los



holocaustos ni los sacrificios expiatorios. Entonces dije: Aquí estoy, yo vengo –como está escrito de mí en el libro de la Ley– para hacer, Dios, tu voluntad".» (*He 10, 5-7*)

Señor, tú nos has llamado a ser tu imagen junto a los pequeños, los niños y los jóvenes.
Por eso, has querido que te entreguemos nuestra vida.
Hoy renovamos el don de nuestra vida, y te manifestamos nuestro deseo de vivir amando a todos.
Despierta en nosotros el celo por la gloria del Padre y la salvación del mundo.



Perfeccionar en nosotros la impronta divina.

Ser imagen de Jesús es un don y una tarea. Esto es lo que nos dice Juan María de la Mennais. Debemos trabajar para mejorar lo que hemos recibido gratuitamente.

Con la ayuda de la oración y la vigilancia de todos los días, debemos llegar a ser cada vez más la imagen de Jesús a la que estamos llamados. Amar al Padre como Él. Escuchar y consolar como Él, y no juzgar ni condenar. Vivir en la humildad, con sencillez, con la tranquilidad de que recibimos de Dios Solo, la casa, el vestido, los alimentos, etc. Acoger y ayudar a los pobres y necesitados. Curar con una palabra salvadora.

Nuestra vida debe ser un camino de « perfeccionamiento » de la imagen de Cristo que llevamos dentro de nosotros mismos. Así, llegaremos a hacer las mismas « obras » que Él hizo, e incluso « mayores », como nos lo prometió.



SER IMAGEN DE CRISTO



uando Dios dice que quiere nuestra santificación es como si dijera, en cierto modo, que estemos revestidos de Jesucristo, como dice el Apóstol; que sigamos a Jesucristo en todos sus caminos; que juzguemos todas las cosas como él las ha juzgado, que amemos lo que él ha amado, que despreciemos lo que él ha odiado; en una palabra, que todos nuestros pensamientos sean conformes a sus pensamientos y que seamos su imagen viviente.

(S VIII p. 2469)

« Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí: la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. (Ga 2, 20) Porque todos ustedes son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, ya que todos ustedes, que fueron bautizados en Cristo, han sido revestidos de Cristo. » (Ga 3, 26-27).

Padre, haz que cuidemos
esta « perla » de gran valor,
que es la gracia de nuestro bautismo.
Nos hemos « revestido de Cristo ».
Lo que dice de Él, se realiza en nosotros,
sus hermanos y hermanas.
Por Él, hacemos resplandecer tu gloria.
En Él, amamos, curamos
y somos misericordiosos.
Perdona nuestra poca fe.
Perdona nuestras resistencias.
Haz que seamos su viva imagen.



¿No somos como esos discípulos que abandonan a Jesús porque no comprenden sus Palabras?

¿Quién podría pretender llegar a ser imagen de Cristo por sus propias fuerzas?

Únicamente por la fe es como podemos decir con San Pablo: « Es Cristo quien vive en mí ». Él, el perseguidor, ha tenido la experiencia de haber sido tocado y transformado por el amor de Cristo gratuitamente.

Cristo nos lleva cuando el camino es duro; nos guía por el camino de la cruz; nos levanta cuando caemos; nos da libre acceso a los tesoros de su Reino; hace que todo concurra para nuestro bien, si tratamos de establecer su Reino.

Y de manera imperceptible, nuestra imagen llega a transformarse en la suya. Pero con una condición: que debemos dejarle hacer en nosotros lo que quiera.



7 día

SER SANTOS HACIENDO SANTOS.



ois enviados como los apóstoles para cumplir esta palabra del Salvador: He venido a traer fuego a la tierra y ¿qué deseo sino que arda? La caridad, el celo por la salvación de las almas es vuestro elemento y vuestra vida, vuestro principio y vuestro fin. Todo lo demás, incluida la ciencia, no es para vosotros más que añadidura, son medios que no debéis descuidar, pero medios secundarios y subordinados a vuestro grande y supremo fin....

(S VII p. 2305)

« Fuimos tan condescendientes con ustedes, como una madre que alimenta y cuida a sus hijos. Sentíamos por ustedes tanto afecto, que deseábamos entregarles, no solamente la Buena Noticia de Dios, sino tam-



bién nuestra propia vida: tan queridos llegaron a sernos... Los hemos exhortado y animado a cada uno personalmente, como un padre a sus hijos, instándoles a que lleven una vida digna del Dios que los llamó a su Reino y a su gloria.» (1 Th 2, 7-8. 11-12)

Oh Padre, te damos gracias por habernos llamado a construir tu Reino de paz. Enciende en nosotros el fuego de tu Espíritu; haz que deseemos que se propague por todo el mundo; concédenos que seamos testigos de lo que anunciamos; ven en nuestra ayuda cuando nos aceche el desaliento; haznos santos como Tú mismo eres santo.





« Ay de mí si no evangelizara », dice San Pablo. Al igual que él, para seguir a Jesús, Juan María de la Mennais tenía un gran deseo de que el fuego del Espíritu se extendiera por todo el mundo.

¡Nada de tibieza en tu vida! ¡No te desanimes ante las dificultades! ¡Nada de buscar tus propios intereses! ¡Sin miedo a los obstáculos! ¡Con el deseo amoroso y firme a la vez de que se implante el Reino de Dios! Una decisión tranquila y confiada de consagrar a ello todas tus fuerzas.

¿No somos los discípulos de Juan María de la Mennais? ¿A qué esperamos para participar en este mismo querer, emprendedor y pacífico a la vez, de dar a conocer el amor de Cristo?

Obtendremos misericordia si pedimos al Señor, con perseverancia, que aumente en nosotros la sed de darle a conocer y amar.



SER SANTOS HACIENDO SANTOS.



í, tienes una hermosa misión, y bendigo a Dios por habértela dado, porque, trabajando en la santificación de los niños que te han sido confiados, trabajas en tu propia santificación.

(al Hermano Anastase Gélébart, 1846)

« Les aseguro que cualquiera que dé a beber, aunque sólo sea un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños por ser mi discípulo, no quedará sin recompensa». (Mt 10, 42)



Señor,
lo que hacemos a los más pequeños,
a Ti mismo te lo hacemos.
Bendito seas por habernos llamado
a esta misión tan hermosa.
Tú que tanto amas a los niños,
bendice a los que les reparten
el pan de tu Palabra y el agua de tu Vida.
Santifícanos con tu bendición.
Alabado seas, Señor.

Acoger las bendiciones de Dios.

Trabajar por la santificación de los niños, es experimentar que Dios solo santifica, es aprender a dejarnos metamorfosear por el que transfigura.

Nuestra misión es como la de Juan Bautista : mostrar a Jesús e invitar a seguirle. No podemos evangelizar si no nos dejamos abrasar por el fuego del Espíritu.

Sin humildad, no hay evangelización posible. Sin la escucha silenciosa de la Palabra de Dios, no habrá palabras que puedan llegar de verdad a los oyentes.

Para transmitir la belleza del mensaje, tenemos que experimentar la llama interior.

Entonces, se despierta en nosotros un cántico de alabanza que transforma el corazón. Pero, « todavía es de noche ».



9° día

SER SANTOS HACIENDO SANTOS.



ebes estar muy lleno de espíritu apostólico, es decir, de un celo ardiente por la santificación de esos pobres niños que Dios te ha confiado.

(al Hermano Liguori-Marie Langlumé, 1847)

« Por eso te recomiendo que reavives el don de Dios que has recibido por la imposición de mis manos. Porque el Espíritu que Dios nos ha dado no es un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad. No te avergüences del testimonio de nuestro Señor, ni tampoco de mí, que soy su prisionero. Al contrario, comparte conmigo los sufrimientos que es necesario

padecer por Evangelio, animado con la fortaleza de Dios. »

Ya que me envías,
Señor,
Abrásame en tu amor.
Que no me domine
el miedo.
Que tu Espíritu
ilumine mi mirada
y haga de mí un apóstol
de corazón ardiente.



(2 Tm 1, 6-8)



Tener un espíritu apostólico.

Ser Hermano es ser enviado. No somos Hermanos para nosotros mismos, sino para la gloria de Dios y la salvación de los jóvenes.

Es lo mismo que para todos los bautizados. El Hermano y el Laico menesiano deben reavivar dentro de sí mismos el don que han recibido.

Podemos decir que ésta no es una simple propuesta dejada a nuestra buena voluntad. Estamos obligados a cumplirla. Forma parte de nuestra identidad cristiana. El cristiano que no es apóstol, no es fiel a su vocación.

Como dice en otra parte Juan María de la Mennais, la salvación de un Hermano está unida a la de los jóvenes. La paz que da el Señor no es el inmovilismo de un corazón apagado, sino el fuego ardiente de un alma consumida por el amor a Cristo y a los hermanos y hermanas humanos. Esto es lo que él llama un celo ardiente.

¿Tendremos vergüenza de dar testimonio de nuestro Salvador y Señor Jesucristo?



10° día

DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ.



ueridos niños a quienes Jesús, nuestro Salvador, ha amado tanto y a los que ha querido abrazar y bendecir, venid con nosotros, permaneced con nosotros; seremos los ángeles guardianes de vuestra inocencia.

(S, VII p. 2271)

« Le trajeron entonces a unos niños para que los tocara, pero los discípulos los reprendieron. Al ver esto, Jesús se enojó y les dijo: «Dejen que los niños se acerquen a mí y no se lo impidan, porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos. Les aseguro que el que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él». Después los abrazó y los bendijo, imponiéndoles las manos» (Mc 10. 13-16)

Señor, Tú amas a los niños y a los que se asemejan a ellos. Son el reflejo del resplandor de tu rostro y guardianes de tu amor gratuito. Haz que estemos con ellos, en tu Nombre, como mensajeros de tu Palabra que acoge y bendice, fortalece y envía.





¡Qué difícil es hacerse como un niño... como dice Jesús!

Para llegar a serlo, debemos contemplar a Jesús, verle hablando con su Padre, captar esa extraordinaria relación que le une con Él, hasta entender – si fuera posible – que no trata más que de cumplir la voluntad del Padre y que no quiere nada más.

En este misterio se encuentra el secreto de la infancia espiritual a la cual nos invita el Evangelio.

De hecho, es imposible dar cabida al Reino si no adoptamos la actitud de Jesús. Con Él aprendemos a no hacer más que lo que le agrada al Padre. Al imitar su actitud filial es como encontraremos el Camino, la Verdad y la Vida.

Si queremos ser los « ángeles guardianes de la inocencia » de los niños, debemos amar al Padre como el Hijo, nuestro hermano mayor, que nos moldea a su imagen por el poder de su Espíritu.



11° día

DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ.



ios mío, acaba tu obra; salva a estos niños a los que tanto queremos!. Tú les has rescatado con el precio de tu sangre; con gusto daremos hasta la última gota de la nuestra para salvarles. Pobres niños, les amaremos tanto más cuanto mayores sean los peligros que les amenazan.

(S II p. 820 ter)

« Cuídense de despreciar a cualquiera de estos pequeños, porque les aseguro que sus ángeles en el cielo están constantemente en presencia de mi Padre celestial... De la misma manera, el Padre que está en el cielo no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños.» (Mt 18, 10.14)

Oh Jesús, Tú que has dicho:
Dejad que los niños vengan a Mí,
y que me has inspirado
el deseo de conducirlos a Ti,
bendice mi vocación,
ayúdame en mis trabajos
y derrama sobre mí
el espíritu de fortaleza,
de caridad y de humildad....



(Según una oración que el Fundador pedía a los Hermanos que rezaran cada día.)



Entregar toda la vida. Éste es el sentido de la vida consagrada. Pero entregar la vida por amor...

Y esto es tan grande, que no siempre es fácil, después de muchos años, hacer frente a la tentación de querer recuperar lo que entregamos generosamente en los días de nuestra juventud.

En realidad, uno no puede entregarse más que a los que ama. Nos entregamos a Dios si le amamos. Dedicamos nuestra vida a los niños, si les amamos como Jesús. Así pues, debemos amar a los niños hasta dar « la última gota » de nuestra sangre, repitiendo las palabras de nuestro Fundador.

Si el amor se debilita, es imposible entregarse.

Sólo Dios puede mantener ardientes en nosotros las brasas de este deseo. Pero nos deja libres.

Llama a la puerta de quien no reza, esperando pacientemente su respuesta.



DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ.



uando el Verbo se ha hecho carne y ha habitado en medio de nosotros ¿acaso no ha instruido con sus divinos labios a todos aquellos que le seguían? ¿No ha reunido a su alrededor a los niños para enseñarles y bendecirlos? Y nosotros que somos sus discípulos ¿podríamos dejar de imitar sus ejemplos?

(S II p. 799)

« Encontró el pasaje donde estaba escrito: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. El me envió a llevar la Buena Noticia a los



pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor" » (*Lc 4, 17b-19*)

Espíritu Santo,
que morabas en el corazón
de nuestros Fundadores,
y que ponías en los primeros Hermanos
un gran deseo de imitar a Jesús
en sus palabras y en sus obras,
derrama tus dones sobre nosotros.
Junto a los pequeños y los pobres,
concédenos que digamos
palabras de bendición
y realicemos gestos salvadores.



Instruir y bendecir a los jóvenes.

Benedicto XVI hace hincapié, a menudo, en la urgencia de una verdadera educación cristiana: « Educar, dice el Papa, es formar a las nuevas generaciones, para que sepan entrar en relación con el mundo, fuertes en una memoria significativa, por un patrimonio interior compartido y por la verdadera sabiduría que, mientras reconoce el fin transcendental de la vida, orienta el pensamiento, los afectos y el juicio ».

Lejos de imponerse desde el exterior, una educación como ésta, continúa el Papa, responde a la « sed que llevan los jóvenes en su corazón », a su cuestionamiento sobre el « sentido » de la vida y la necesidad de « auténticas relaciones humanas que ayuden a no sentirse solos ante los desafíos de la vida. Responde también al deseo de un futuro, que se hace menos incierto mediante una compañía segura y fiable que se acerca a cada uno con delicadeza y respeto, proponiendo valores firmes, a partir de los cuales poder crecer hacia metas elevadas pero alcanzables ». (mayo 2010)



CUMPLIR HUMILDEMENTE LA VOLUNTAD DE DIOS



ecordadlo bien, la perfección... consiste en ser humildes, pequeños, dóciles bajo la mano de Dios; en estar lleno de indulgencia y de caridad para con todos nuestros hermanos, teniéndose uno a sí mismo como el último y el más imperfecto de todos; consiste, de un modo especial para vosotros, en hacer con amor, con sencillez y con una admirable paz, todo lo que está en el orden de la obediencia.

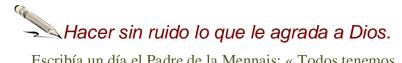
(S VIII p. 2489)

« Que cada uno se revista de sentimientos de humildad para con los demás, porque Dios se opone a los orgullosos y da su ayuda a los humildes. Humíllense bajo la mano poderosa de Dios, para que él los eleve en el momento oportuno. Descargues



eleve en el momento oportuno. Descarguen en él todas sus inquietudes, ya que él se ocupa de ustedes. » (1 P 5, 5b-7)

Señor,
Tú haces que sea fecundo
el trabajo de nuestras manos.
Enséñanos a abandonarnos a tu voluntad.
Danos la humildad de María
y su fe en la eficacia de tu Palabra.
Haz que crezcamos
en el amor humilde de tu voluntad,
Que mantiene
nuestro corazón en paz.



Escribía un día el Padre de la Mennais: « Todos tenemos nuestro pequeño amor propio; es muy agradable y suave cuando se le acaricia; pero cuando se le lleva la contraria, aunque sea ligeramente, se enfurruña y grita... » (a Chevalier, en 1837). Cuando decimos que vamos a hacer la voluntad de Dios, ¿no deseamos secretamente agradar también a los hombres? « ¿Quién de nosotros es un modelo en esto y no tiene necesidad de perdón? », afirma el Fundador.

Leemos también en el Evangelio que nuestro Padre celestial, que ve en lo secreto, recompensa en lo secreto a los que ama. María nos ha enseñado a amar así.

« Las obras de Dios no crecen más que en la sombra, y es durante la noche cuando cae el rocío del cielo », escribía también Juan María de la Mennais (a la Srta.de Lucinière, A II 238). Seamos de los que hacen grandes cosas con sencillez, que están siempre llenos de indulgencia para con sus hermanos y que, sin ruido, hacen el bien a su alrededor.



CUMPLIR HUMILDEMENTE LA VOLUNTAD DE DIOS



e sabido, con gran alegría, que te comportas...como verdadero religioso, y que Dios se digna bendecir tus trabajos... Sobre todo, estate más que nunca lleno de celo para avanzar en la virtud, sobre todo, afiánzate cada vez más en la humildad. Estate en guardia contra la vanagloria, y recuerda que los más grandes santos ante Dios, son los más pequeños ante sí mismos.

(al Hermano Paul Lagarde, 1850)

« Si la exhortación en nombre de Cristo tiene algún valor, si algo vale el consuelo que brota del amor o la comunión en el Espíritu, o la ternura y la compasión, les



ruego que hagan perfecta mi alegría, permaneciendo buen unidos. Tengan un mismo amor, un mismo corazón, un mismo pensamiento. No hagan nada por espíritu de discordia o de vanidad, y que la humildad los lleve a estimar a los otros como superiores a ustedes mismos. » (*Ph 2, 1-3*)

¿Por qué, Señor, estamos tan apegados a nuestra imagen y deseamos tan poco irradiar la tuya? Concédenos esa humildad que no es menosprecio de uno mismo, sino que abre todo nuestro ser al misterio insondable de tu gloria escondida en nosotros.



Haznos comprender que el Padre, que ve en lo secreto, nos recompensará.



Nuestro Fundador nos invita al humilde cumplimiento de nuestra tarea.

Para encontrar la debida actitud, volvamos otra vez al Evangelio y contemplemos a los testigos de corazón pobre que hallamos allí. Quienes no se dejan llevar por la « vanagloria » son aquéllos que saben rendir todo honor y toda gloria al Autor de todo bien.

Zaqueo cambió de vida al encontrarse con Jesús. Su corazón cantó al Maestro de la vida. La Samaritana, altiva ella, se apresuró a anunciar a Aquél que le había mostrado cómo era su vida de verdad. Ella proclamaba la gloria del Mesías esperado. El ciego curado volvió a postrarse delante de Jesús que le había devuelto la vista. La luz de la gloria de Jesús le bastaba. Ninguna otra gloria pudo retenerle.

Para mantenernos en guardia contra la vanagloria, debemos reconocerle también en nuestros hermanos. Bendigámosle por las obras que en ellos realiza. La caridad fraterna es la escuela de la humildad y de la verdadera alegría.



CUMPLIR HUMILDEMENTE LA VOLUNTAD DE DIOS



gnoro, como tú, cuales son los designios de Dios sobre nuestra congregación; pero sé que para que él la bendiga y se perpetúe, es necesario que todos estéis animados por el espíritu de fe, de humildad, de sencillez y de obediencia: es lo que no dejo de pedirle para cada uno de vosotros.

(al Hermano Julien Kerdavid, 1844)

« Vivan todos unidos, compartan las preocupaciones de los demás, ámense como hermanos, sean misericordiosos y humildes. No devuelvan mal por mal, ni



injuria por injuria: al contrario, retribuyan con bendiciones, porque ustedes mismos están llamados a heredar una bendición. "El que ama la vida y desea gozar de días felices, guarde su lengua del mal y sus labios de palabras mentirosas; apártese del mal y practique el bien; busque la paz y siga tras ella. » (1 P 3, 8-11)

Señor, Tú no juzgas como lo hacen los hombres. Tú bendices el corazón sencillo y recto, justo y sabio.

Los hermanos que se sostienen unos a otros, con el humilde esfuerzo de cada día, hacen tu voluntad.



Haz que seamos constructores de paz.



Tener un espíritu de fe y humildad.

Queremos ser dinámicos, bien ubicados en el mundo. dando a los jóvenes una educación que les ayude a participar confiadamente en su futuro. Para ello, debemos construir un mundo donde se respeta a los más pequeños, donde no se busca primero los propios intereses, sino los de los demás, para quienes la Palabra de Jesús es la luz que nunca falla.

Pero, ¿quién puede construir el Reino de Dios, sino los sencillos, los que buscan en todo la verdad, los que rechazan la doblez, los que bendicen en vez de maldecir, los que no dicen palabras hirientes y cuyos pensamientos son pensamientos de paz?

Para edificar el Reino, tenemos que estar animados por un espíritu de obediencia. Recordemos que obedecer es escuchar. El que siembra la Palabra de Dios es un corazón que escucha; ha pasado del « para mí » al « para ti ».



TENER COFIANZA EN LA PROVIDENCIA.



la mano de Dios,... que está profundamente convencida de que Dios actúa en todo, que cree que es él quien dirige a los hombres... en vez de agitarse dolorosamente por continuos movimientos de impaciencia y despecho, goza de una paz que nada altera, y siempre bendice, adora, con una gozosa alegría y con un tierno amor, los designios de la Providencia sobre ella.

(Memorial 119)

« Les digo y les recomiendo en nombre del Señor: no procedan como los paganos, que se dejan llevar por la frivolidad de sus pensamientos y tienen la mente oscurecida. Ellos están apartados de la Vida de Dios por su ignorancia y su obstinación, » (Ef 4, 17-18).



« Antes, ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz... más bien, llénense del Espíritu Santo...» (Ef 5, 8.18b)

Señor,

Danos esa sabiduría que viene de Ti. Haznos comprender que Tú nos guías día tras día con mano amorosa y compasiva. Haznos saborear la dicha de vivir bajo tu mirada paternal, y concédenos esa paz que nada altera.





Dejarse moldear por las manos de Dios.

¿Por qué, a veces, estamos interiormente tan agitados e inquietos? ¿Qué es lo que nos produce tanto miedo que, a veces, nos hace tan penosa la vida? ¿Por qué no sentimos gusto en la oración? ¿Por qué lo que se refiere a nuestra misión y a nuestra fe se nos hace tan pesado algunos días?

Lejos de oponer el optimismo al pesimismo, renunciando por un lado a ver los obstáculos, y por otro viéndolos por todas partes, aquí se trata de enfrentar el combate espiritual y la batalla de la fe.

Para salir victorioso en este combate, hay que estar « profundamente convencido », nos dice Juan María de la Mennais, de que es el Señor quien se ocupa de todo y que hace que todo concurra para el bien de aquél que busca su Reino. Por tanto, lejos de estar siempre turbados por sentimientos fluctuantes y superficiales, debemos sentirnos tranquilos en las manos amorosas y poderosas de Dios.

¿Estamos convencidos de ello? ¿Nos sentimos realmente moldeados por las manos de Dios y siempre confiados en su Providencia?



TENER COFIANZA EN LA PROVIDENCIA.



ened cuidado en no confundir la voz de Dios con la de vuestros deseos. Para discernir la una de la otra, rezad mucho y someteos siempre al juicio de aquellos que tienen la gracia de distinguir las impresiones que vienen del Cielo de las impresiones que son producidas por el espíritu de la mentira, que se transforma, a menudo, en Ángel de luz para seducirnos.

(S VIII p 2286)

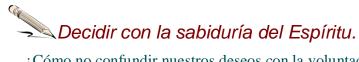
« Cuiden mucho su conducta y no procedan como necios, sino como personas sensatas que saben aprovechar bien el momento presente, porque estos tiempos son malos.



No sean irresponsables, sino traten de saber cuál es la voluntad del Señor. ... Siempre y por cualquier motivo, den gracias a Dios, nuestro Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Sométanse los unos a los otros, por consideración a Cristo. » (*Ef 5, 15-17, 20-21*)

Señor, enséñanos a discernir tu voluntad en medio de tantas sugestiones que nos apartan de la verdadera sabiduría. Es tan fácil confundir las inspiraciones de tu Espíritu con las que provienen de nuestros propios deseos... Haz que sepamos escuchar y comprender la dulce música de tu Palabra..





¿Cómo no confundir nuestros deseos con la voluntad de Dios? Es el difícil arte del discernimiento. « Tened mucho cuidado de portaros bien », nos dice el apóstol invitándonos a vivir como sabios y no como insensatos. Éstos, cegados por sus deseos inmediatos, ya no pueden escuchar la voz del Espíritu que, silenciosamente, invita a elegir el bien.

Pero entonces, ¿cómo no dejarse engañar por las seducciones del « espíritu de la mentira »? Juan María de la Mennais responde: « Tened mucho cuidado de no perder esa libertad de espíritu... sin la cual no se puede hacer ningún bien. Para conservarla, debemos estar estrechamente unidos con Dios; andar en su presencia con un corazón donde reine la paz ». (M 16)

Para no dejarse engañar por los espíritus seductores, se necesita también un espíritu que se mantenga libre de todas las ataduras. Y para eso, debe estar unido a Dios. El que me ha llamado a asemejarme a Él, me dará también su luz para obrar el bien.



TENER COFIANZA EN LA PROVIDENCIA.

ebemos dejarnos llevar dulcemente en sus brazos, y arrojar en su seno nuestras inquietudes, nuestras penas, nuestras quejas y unirnos a él, más que nunca, por los lazos de un indisoluble amor.



(a Querret - 1814)

ejémonos devorar por la Providencia, seríamos indignos de secundarla si no pusiéramos completamente nuestra voluntad en la suya, sin conservar nada de la nuestra.

(al Hno. Polycarpe 1837)

«¡Vengan a tomar agua, todos los sedientos, y el que no tenga dinero, venga también! Coman gratuitamente su ración de trigo, y sin pagar, tomen vino y leche. ¿Por qué gastan dinero en algo que no alimenta y sus ganancias, en algo que no sacia? Háganme caso, y comerán buena comida, se deleitarán con sabrosos manjares. Presten atención y vengan a mí, escuchen bien y vivirán. Yo haré con ustedes una alianza eterna. » (Is 55, 1-3)

¿Cuáles son, Señor, esos manjares suculentos con los que deseas saciarnos? Ven en ayuda de nuestra poca fe. ¡Creemos tan poco que tu mano nos sostiene cada día y que deseas darnos tantas cosas buenas y hermosas...! Haznos contemplar la poderosa hermosura de tu Providencia.





Saberme amado por Dios.

« Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas es, al mismo tiempo, un amante con toda la pasión de un verdadero amor », escribe Benedicto XVI en su primera encíclica Deus Caritas est . Ahora entendemos las expresiones que utiliza Juan María de la Mennais: « dejarnos llevar dulcemente en sus brazos », « dejarnos devorar por la Providencia » y « su izquierda sostiene mi cabeza y con su derecha me abraza \gg (Ct 2, 6).

« La estrecha relación entre eros y matrimonio que presenta la Biblia no tiene paralelo fuera de la literatura bíblica », subraya también Benedicto XVI. El Dios de Jesucristo es Amor. Es la fuente de todo amor.

Cada uno de nosotros somos la oveja perdida que ha ido a buscar y que ha traído en sus brazos. ¡Debemos darle gracias por ello, y estamos llamados a proclamarle para que, por fin, todos le conozcan y tengan vida!



LLEVAR LA CRUZ CON JESÚS.



ijos míos, debéis afrontar grandes combates en estos tiempos malos... ¿Cómo conservaréis vuestra vocación a la que está unida vuestra salvación y la de tantos pobres niños? ¿Cómo se sostendrá... la hermosa obra a la que os habéis consagrado? ¿Contáis para ello con vuestros talentos?... No, sería una vana esperanza, escuchad esta palabra del Espíritu Santo: es nuestra fe la que vencerá al mundo. Ahora bien, nuestra fe es no conocer más que a Jesucristo y a Jesucristo crucificado.

(S VII p 2294)

« Tú, que eres mi hijo, fortalécete con la gracia de Cristo Jesús... Comparte mis fatigas, como buen soldado de Jesucristo.... Y el labrador que trabaja duramente es el pri-



mero que tiene derecho a recoger los frutos. Piensa en lo que te digo, y el Señor, por su parte, te ayudará a comprenderlo todo. » (2 Tm 2, 1.3.6-7)

Señor,
haz de nosotros apóstoles
alegres y fervientes,
sobre todo cuando sea difícil
dar testimonio de Ti
y de tu Evangelio,
y cuando nos aceche el desaliento.
Guárdanos siempre cerca de Ti
cuando sea muy pesada la cruz.
Sé Tú nuestra fuerza y nuestra victoria.





El que quiera ser discípulo de Jesús debe saber que tendrá que luchar y sufrir con Él. Si no, el Evangelio no será más que un conjunto de frases bonitas. Sin embargo, es en el Evangelio donde se realiza el drama que nos atañe a todos: la lucha entre el bien y el mal, entre el odio y el amor, y entre la mentira y la verdad.

Tenemos que « librar grandes combates ». Debemos aceptar nuestra parte de sufrimientos, como buenos soldados de Jesucristo. Si pensamos dejar a un lado estas pruebas, dejamos de lado a Jesús; ¡y actuamos por nuestra cuenta! Entonces, no llamaremos la atención de aquéllas y aquéllos que rechazan la dura labor del labrador que siembra con el sudor de su frente esperando los frutos de la cosecha.

El apóstol de Jesús debe llevar a cabo el buen combate. No puede descansar mientras Aquél a quien sirve no sea conocido y amado. No puede detenerse a la orilla del camino, mientras no sea proclamada la Palabra y los « pequeños » sean evangelizados. « Es nuestra fe la que vencerá al mundo ».



LLEVAR LA CRUZ CON JESÚS.



ste libro no es como los otros libros, que escriben los hombres o explican tan penosamente; éste está abierto a todos, y cada uno puede leer en él, en cierto modo, los secretos de Dios sin que sea necesario ningún esfuerzo del espíritu para comprenderles. Mirando a la cruz, incluso el más pequeño de los fieles ve, en seguida, hasta qué punto Dios le ama.

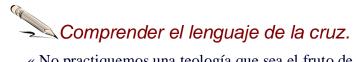
(S VII p. 2191)

« Porque Cristo no me envió a bautizar, sino a anunciar la Buena Noticia, y esto sin recurrir a la elocuencia humana, para que la cruz de Cristo no pierda su eficacia. El men-

saje de la cruz es una locura para los que se pierden, pero para los que se salvan —para nosotros— es fuerza de Dios. » (1 Co 1, 17-18)

Señor, ábrenos al lenguaje de la cruz.
Enséñanos a volver los ojos al madero donde
Tú te ofreces por amor.
Y danos la gracia de comprender el mensaje que muchos no entienden,
Tú que nos has amado hasta morir en una cruz.

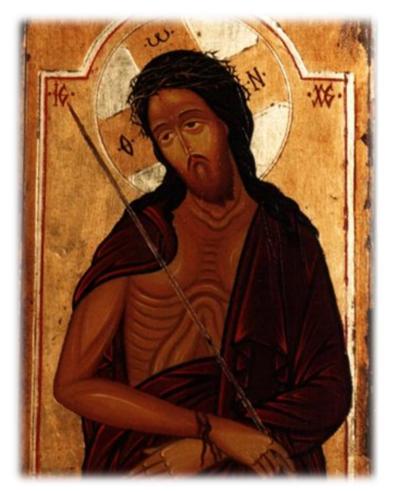




« No practiquemos una teología que sea el fruto de una arrogancia de la razón, que oscurezca la fe y haga olvidar la realidad viva de Dios », decía Benedicto XVI a los sacerdotes reunidos en Roma (junio de 2010). Nuestro Dios se revela a los pequeños, a los que tienen un corazón de pobre y a través del lenguaje de la fe.

María y Juan, que estaban al pie de la cruz, son testigos de ello. Pertenecen a la familia de Jesús porque tienen un corazón para escuchar y unos ojos para ver el Amor que se manifiesta a través del corazón traspasado de Jesús crucificado. ¡Asombrosa y admirable pobreza del Hijo de Dios! « También nosotros debemos tener la experiencia de la pobreza si queremos ser verdaderos portadores del amor de Dios », decía Madre Teresa de Calcuta a sus Hermanas.

La cruz es el lenguaje del amor que no retiene nada para sí mismo, sino que se entrega totalmente. Aquellos/as que son los « pequeños » de este mundo, serán grandes en el Reino, porque han comprendido el lenguaje de la cruz.



LLEVAR LA CRUZ CON JESÚS.



espués de todo, somos los discípulos de este Jesús que vivió pobre, fue humillado y condenado al suplicio de la cruz, considerémonos, pues, dichosos cuando Dios nos llama a llevar la imagen de su divino Hijo traicionado, ultrajado, crucificado; no vivamos más que de la pura fe; no toquemos la tierra más que con nuestros pies; que nuestros corazones se eleven y nos eleven hasta el cielo.

(S VII p. 2247)

« Después dijo a todos: «El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá y



el que pierda su vida por mí, la salvará. ¿De qué le servirá la hombre ganar el mundo entero, si pierde y arruina su vida?» (*Lc 9, 23-25*)

Señor, Tú nos llamas tus discípulos. Pero los discípulos no están por encima de su Maestro. Si Tú llevaste la cruz, nosotros también debemos llevarla. Haz que deseemos, a imitación tuya, acoger con amor la contradicción, la humillación, la enfermedad y la prueba, como una gracia para parecernos más a Ti.





Sabemos que este lenguaje de Jesús, invitando a sus discípulos a seguirle llevando su cruz, ha podido desanimar a más de uno. En la vida de la Iglesia, cuántos prefirieron más bien retirarse que seguir el camino del crucificado.

¡Nosotros no tenemos más que dos opciones: o tomamos a Jesús por Maestro y sabemos que tendremos que llevar la cruz con Él, o bien renunciamos y tomamos a otro maestro con el riesgo de perdernos! Dios vomita a los tibios: « Como eres tibio, ni frío ni caliente, voy a escupirte de mi boca » (*Ap 3, 16*).

Para saborear la luz de la resurrección, aceptamos vivir con la sabiduría de la cruz, que es locura para el mundo. No hay más que el camino de la pobreza de corazón y del espíritu de obediencia del Hijo que nos abre al Amor trinitario. Dichosos los que se deciden a tomar este camino, pues comprenderán el secreto y se abrirán al Amor.



PAZ Y UNIDAD, FRUTOS DEL DON DE SÍ MISMO.



osotros, Hermanos míos, habéis comprendido que cuando Jesucristo nos da su paz, no nos la da como la da el mundo; he aquí por qué para encontrar el descanso de vuestra alma vais a separarla de ella misma, si puedo expresarme así, para que en adelante viva una vida que no sea ya la suya sino la vida de Jesucristo.

(S VII p. 2377)

« Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho. Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo. ¡No se inquieten ni teman! » (Jn 14, 26-27)



Señor,
la paz no nos viene
del mundo.
Nos viene de Ti.
Al darnos tu paz,
nos envías a llevarla a los demás,
con la fuerza de tu Espíritu.
Somos mensajeros de paz.
Mantén nuestro celo.



¿Cuál es la paz que da el mundo? La paz impuesta por el más fuerte. Se consigue pasando por encima del otro y dominándole. Por tanto, es un adversario y no un amigo o un hermano. Quien desea obtener esa falsa paz, no busca más que el interés inmediato. Renuncia a luchar por el bien de los demás. Nuestro mundo de hoy nos muestra a diario un ejemplo de ello. Esta paz provoca conflictos, causa trastornos, produce inquietudes y desconfianza, y se construye sobre las espaldas de los demás.

¿Cómo se reconoce la paz de Dios? Germina en el corazón lleno de justicia, en el alma que está desprendida de sí misma, por utilizar la expresión de nuestro Fundador. Esta paz ensancha el corazón, no se centra en sí misma, da serenidad y una justa autoestima. Anima a la acción de gracias y a ver siempre en el otro lo positivo. Pero, esta paz es el fruto de una larga lucha contra sí mismo. Los que la encuentran, son aquéllos que poseen alma de pobre, los mansos, los misericordiosos, los corazones puros y los que ponen su confianza en Dios solo.



PAZ Y UNIDAD, FRUTOS DEL DON DE SÍ MISMO.



enéis el deseo de seguir sus huellas, de ser dulces y humilde de corazón, a ejemplo suyo, de ser como él obedientes hasta la muerte, a la voluntad del Padre celeste. Paz a vosotros. Vuestro espíritu gozará de esta paz totalmente divina... ya no seréis como esas nubes sin agua que el viento lleva por los aires. Paz en vuestro corazón... cuyos sentimientos y deseos estarán dirigidos hacia Dios. Paz íntima en todas vuestras facultades.

(S VII p. 2375.)

« Se les apareció el Angel del Señor y la gloria del Señor los envolvió con su luz. Ellos sintieron un gran temor. [...] junto con el Angel, apareció de pronto una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres amados por él" » (Lc 2, 9.13-14)"

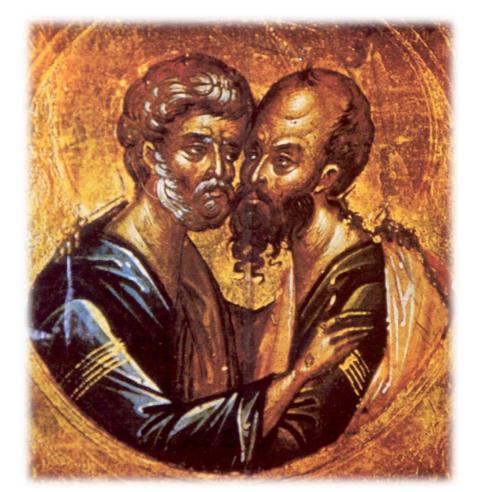
Concédenos, Señor, el deseo de la santidad y la dulce y firme determinación de asemejarnos a Ti. Así sabremos que tu paz vivirá en nosotros, nos comunicarás tus sentimientos y Tu amor iluminará nuestros pasos.



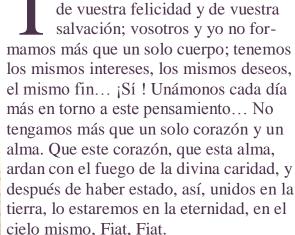
¡Paz en nuestro interior! ¿Podemos esperar más? Pero, ¿cómo llegar a ella? Esto se consigue por la intensidad del deseo. La Madre Teresa de Calcuta, durante su larga y terrible experiencia en la noche de la fe, sentía en sí misma este deseo: « Deseo profundamente a Dios – quiero amarle – amarle mucho ». ¿Dónde estaba la paz de Dios dentro de su corazón? Sentía un amor tan inmenso que ni el dolor podía apagarlo, y difundía un perfume de alegría.

¡Paz a vosotros!, dice nuestro Fundador. Esta paz no es precisamente la que da el mundo. No se cierra sobre sí misma, sino que viene siempre acompañada por el don radical de uno mismo. Todo para Dios y todo para los demás. Ella perdona las ofensas. ¡No juzga ni condena! Es misericordiosa. Porque en Dios no hay paz sin amor.

¿Es difícil este lenguaje? Sólo las almas humildes y sencillas pueden entenderlo.



PAZ Y UNIDAD, FRUTOS DEL DON DE SÍ MISMO.



engo sed, si puedo expresarme así,



(S VII p. 2374)

« No ruego solamente por ellos, sino también por los que, gracias a su palabra, creerán en mí. Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también

ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno –yo en ellos y tú en mí– para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado, y que yo los amé cómo tú me amaste. » (*In 17, 20-23*)

Señor,
Tú nos prometes la unidad
como el mayor don de tu gracia.
Cuando estamos unidos,
estamos llevados
al centro del Amor trinitario,
hogar donde arde la caridad divina.
Haz que seamos hoy testigos de ello..



La fecundidad de una vida viene de la capacidad de tejer lazos de amor y alegría. « Tengo sed de vuestra felicidad y de vuestra salvación », decía el Fundador a sus Hermanos reunidos. « Somos un solo cuerpo ». Éste es el secreto del verdadero amor. La unidad es el fruto del Espíritu Santo que, en el corazón del discípulo, busca el bien y la felicidad del otro.

Nuestras comunidades humanas, nuestras familias, nuestras comunidades religiosas, nuestras parroquias, deberían ser lugares que irradien amor, fruto de una profunda unión de corazones. Deberíamos compartir allí la búsqueda común de la voluntad de Dios y una sed interior y profunda de la gloria de Dios y salvación de los hombres.

El testimonio más perfecto y el apostolado más fecundo, son el resultado de esta íntima unión de corazones donde el Señor es el centro. Seamos « perfectos en la unidad ».



EN LA IGLESIA-COMUNIÓN



os tiempos son malos; rezad y consolad a la Iglesia con el buen olor de todas las virtudes. Animaos mutuamente a dedicar, en adelante, los días que os quedan por pasar sobre la tierra, a sembrar mucho, con el fin de recoger abundantemente en el cielo. Para alcanzar este fin de nuestra común esperanza,... afianzáos cada vez más en la gracia, en la paz, en la caridad y en la humildad de Nuestro Señor.

(Dernière circulaire aux Frères, veille de Noël, 1860)

« Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor, y estuvo enseñándoles largo rato. Como se había hecho tarde, sus discípulos se acercaron y le dijeron: «Este es un lugar desierto, y ya es muy tarde. Despide a la gente, para que vaya a las poblaciones cercanas a comprar algo para comer». El respondió: «Denles de comer ustedes mismos». » (Mc 6, 34-37a)

Señor,
Tú nos llamas a levantarnos
y a sembrar mucho
la Palabra que lleva fruto,
el pan verdadero
que necesitan
tantos jóvenes y adultos.
Despiértanos y envíanos
a sembrar el amor y la paz
por los caminos del mundo.



Sembrad mucho para cosechar en abundancia en el Reino, no frutos perecederos, sino frutos de eternidad, y no para vosotros solos, sino para todos.

Ésta es la vocación de la Iglesia, un pueblo que sigue las enseñanzas de su Maestro Jesús, y viene en ayuda de los que están al borde del camino, con la mirada perdida, que buscan al Amor que desean en secreto.

Ésta es la vocación de la Iglesia, dar de beber a los que no tienen un vaso de agua para apagar su sed, dar de comer a los que tienen hambre, curar a los heridos y levantar a los caídos.

Debemos escuchar lo que dice Jesús a la Iglesia, ya que somos esta Iglesia caminante: «¡Dadles vosotros de comer! » En otras palabras: «¡Rogad y consolad a la Iglesia », « sembrad mucho », « afirmaos en la paz, la caridad y la humildad » de Jesús, aunque la hora sea « ya muy avanzada », y preferiríais más bien descansar!



EN LA IGLESIA-COMUNIÓN.

ue el Señor se digne hacer de vosotros hombres según su corazón, entregados a su Iglesia, desprendidos de sí mismos, pobres de espíritu, humildes, celosos, dispuestos a emprenderlo todo y a sufrirlo todo, por anunciar su palabra, extender su reino y encender en el mundo este fuego divino que Jesucristo ha venido a traer, este fuego purificador y nutritivo, este amor inmenso... Habéis sido llamados a algo grande, tened sin cesar ante vuestros ojos esta alta vocación, para trabajar en haceros dignos de ella.



(S VII 2297)

« Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo! Tengo que recibir un bautismo, ¡y qué angustia siento hasta que esto se cumpla plenamente! » (Lc 12, 49-50)



« Sabemos, hermanos amados por Dios, que ustedes han sido elegidos.... Y ustedes, a su vez, imitaron nuestro ejemplo y el del Señor, recibiendo la Palabra en medio de muchas dificultades, con la alegría que da el Espíritu Santo.... » (1 Th 1, 4.6)

Señor,

haz que se realice en nosotros, en toda la Congregación y en el corazón de los Laicos menesianos, el deseo de nuestro padre Fundador: Dígnate hacer de nosotros hombres y mujeres según tu corazón. Que seamos dignos de esta vocación



a la que nos has llamado.

Comprender la hermosa de nuestra vocación.

La diversidad de vocaciones embellece a la Iglesia y le da siempre una nueva juventud. Es su tesoro y vitalidad. Jesús estaba rodeado de hombres y mujeres de diferentes estados de vida. Y así ha ocurrido a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Rogamos a los santos y santas, casados, religiosos o religiosas, sacerdotes y obispos. Todos estamos llamados a ser humildes, celosos, pobres de espíritu y desprendidos de nosotros mismos. Todos estamos llamados a evangelizar y a encender en el mundo el fuego del amor de Cristo.

Nos dice hoy el Padre de la Mennais: « Habéis sido llamados a algo grande... trabajad por haceros dignos de ello ».

La búsqueda de la santidad no es opcional. Jesús llama a cada uno y a cada una de manera única y personal. Amar nuestra vocación es amar a Jesús que nos llama y responderle con amor.



EN LA IGLESIA-COMUNIÓN

ebemos amar a la Iglesia como amamos a Jesucristo de quien ella es la esposa y que no forma con ella más que un mismo cuerpo y una misma carne, es decir, con todo nuestro corazón, con toda nuestra voluntad y con todas nuestras fuerzas...

De todo corazón, sufrir vivamente sus males, afligirnos por sus pérdidas, alegrarnos con sus victorias. Desgraciadamente, entre sus ministros, qué pocos la aman así.

(S, VIII, 2497-2502)

« Yo te formé, tú eres mi servidor; Israel, yo no me olvidaré de ti. Yo he disipado tus rebeldías como una nube y tus pecados como un nubarrón. ¡Vuelve hacia mí,



porque yo te redimí! ¡Griten de alegría, cielos, porque el Señor ha obrado; aclamen, profundidades de la tierra! ¡Montañas, prorrumpan en gritos de alegría, y tú, bosque, con todos tus árboles! Porque el Señor ha redimido a Jacob y manifiesta su esplendor en Israel. » (Is 44, 21b-23)

Señor, Tú amas a la Iglesia con un amor eterno.
Aunque pecadora, es la esposa que Tú has redimido.
Tú eres la cabeza del cuerpo que formamos en ella.
Que tu Espíritu nos impulse a amarla con todas nuestras fuerzas...
Bendice a quienes has elegido como pastores de tu pueblo.



Amar a la Esposa de Cristo.

« Trabajad con nuevo impulso en acrecentar los cimientos de una nueva Iglesia ». Es Juan María quien se expresa así. Si él amaba a la Iglesia, también veía sus miserias y sufría por ellas. Pero su amor hacia ella era más fuerte. Podemos decir que su corazón era del tamaño de la Iglesia. Era una misma cosa con ella. Dio su vida por ella, porque sabía que así estaba dando su vida por la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

Amar a la Iglesia, Esposa de Cristo, es amar al Esposo. En la Iglesia Juan María de la Mennais se alegra con la voz del Esposo en quien cree con todo su corazón, a quien ha consagrado todas sus fuerzas, a quien ama con un amor tierno y fuerte.

Sabe que el Señor ama a la Iglesia. De esta manera entra en el corazón de Cristo y, al contemplar el fuego de este amor, descubre la sabiduría y la santidad que el Esposo ha dado a su Esposa, « refugio de los pecadores ».



OREMOS SIN CESAR;

ecemos, pues, recemos sin cesar. Pero se me dirá ¿cómo es posible eso? ...¡Ay! Es porque no habéis comprendido lo que es la oración, esa oración inarticulada y completamente interior, escondida, por así decirlo, en el fondo del alma. ¡Sí! A esa, nada le turba, nada la distrae, ni el ruido, ni las ocupaciones, ni los trabajos, ni el sueño... ¿Preguntáis como se puede rezar siempre? Preguntad, entonces, cómo se puede amar siempre, porque la oración no es más que amor, y el amor es la más hermosa y la más perfecta de las oraciones.



(S IV p. 1478)

« Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor,



sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios El mismo espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. » (*Rm 8, 14-16*)

Señor, nosotros no sabemos orar.

Danos tu Espíritu
para que nazca en nosotros
ese grito de amor
que brota del corazón de tu Hijo Jesús.
En Él te podemos llamar: ¡Padre!
Haz que comprendamos
lo que significa este Nombre.
Haznos entender que amar
es vivir en Ti,
y que orar es vivir en el Amor.



Amar y rezar conjuntamente.

Nada molesta a la oración silenciosa e interior. Pero, ¿cómo es esta oración? Es el amor del « Espíritu Santo que acude en ayuda de nuestra debilidad » y que, dentro de nosotros, « intercede con gemidos inefables », como nos dice San Pablo (*Rm* 8, 26).

Como nosotros no sabemos rezar, tampoco sabemos amar de verdad. Cada día, deberíamos comenzar nuestra jornada pidiendo al Espíritu que nos enseñe a amar y a orar. Porque lo uno no se puede separar de lo otro, ya que el mandato del amor tiene dos facetas: amar a Dios y amar al prójimo.

Pero el camino de la oración está sembrado de trampas. Hay que tener perseverancia y paciencia. Poco a poco el Espíritu purifica nuestra oración, la interioriza y la hace más humilde. De esta manera, abre el corazón al amor verdadero que no consiste en cerrarse sí mismo, sino en abrirse a los demás. Así es como aprendemos a orar y a amar sin tregua.



OREMOS SIN CESAR



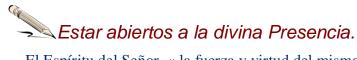
irigios a quien es la fuerza y la virtud de Dios mismo; ha entrado en vosotros para hacerse un mismo espíritu con vosotros, por la gracia de una unión íntima y por la efusión de un ardiente amor; él conoce vuestras enfermedades y vuestras necesidades apremiantes; él sabe... cuáles son vuestras penas, vuestras tentaciones, vuestras dudas y vuestras antiguas manchas; ve todo lo que hay de más secreto en vuestra alma; implorad, pues, su misericordia y sus bondades; no puede negaros nada en este momento.

(S IV p. 1485)

« Yo estoy junto a la puerta y llamo: si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos.» (*Ap 3, 20*)

« Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron... » (Lc 24, 30-31a)

« Señor, Tú me sondeas y me conoces; me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos percibes mis pensamientos... Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno; te doy gracias por tantos prodigios: te distingues por los hechos maravillosos que has hecho en mí ». (Sal 139, 1-2. 15-14)



El Espíritu del Señor, « la fuerza y virtud del mismo Dios », está dentro de nosotros por la gracia del bautismo. Es él quien nos envuelve con ternura y suavidad. Nos acerca a Él como toma un padre a sus hijos en brazos.

« La mansedumbre divina es paz, paz profunda, paz misericordiosa y tranquila. Se trata de una mano amorosa y maternal, que conoce, que conforta, que advierte sin herir y que pone las cosas en su sitio. Es una mirada como la de una madre sobre su hijo recién nacido. Es un oído atento y discreto,...que siempre elige el buen camino del hombre... Tan firme como la buena tierra sobre la que todo descansa. Puede uno apoyarse en ella y sostenerse sin miedo. Es firme como la palabra del padre que no cede ».

Éste es Aquél que abre nuestros corazones a su divina presencia. No le cerremos la puerta ni le contristemos. Dejémonos poseer por « la gracia de la íntima unión y la efusión de un amor ardiente ».

¹ Maurice Bellet



OREMOS CON MARÍA SIN CESAR;



a Santísima Virgen... está, en este momento, en oración con nosotros y, sin duda, si no ponemos ningún obstáculo a la eficacia de sus oraciones, vamos a obtener por su medio las gracias más excelentes y preciosas.

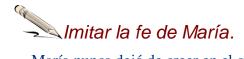
(S VIII p. 2430)

« Los Apóstoles regresaron entonces del monte de los Olivos a Jerusalén:... Cuando llegaron a la ciudad, subieron a la sala donde solían reunirse...

Todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos. » (Ac 1, 12a.13a.14)

Oh María,
tú que eres la Madre llena de amor,
haz que seamos humildes y fieles,
sencillos y confiados.
Haz que nos dejemos
conmover por el Amor del Padre.
Que por tu oración
se renueven en nosotros los dones del Espíritu,
y nos conviertan en misioneros
del Amor y de la Paz.





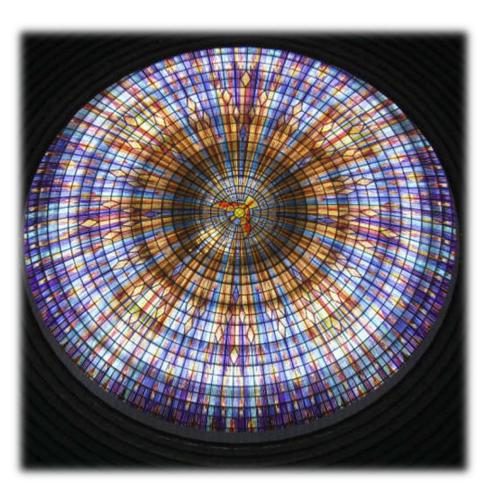
María nunca dejó de creer en el cumplimiento de la Palabra de Dios. En amorosa escucha, conservaba y meditaba siempre las palabras y gestos de su Hijo.

Ella sabía que « nada es imposible para Dios », como se lo había dicho el ángel Gabriel.

Isabel la había proclamado bienaventurada, « dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor, se cumplirá » (*Lc 1, 45*).

Junto a la cruz, Jesús la conduce a la noche de la fe. Compartía silenciosamente los sufrimientos de su Hijo. Su fe no desfalleció. Así continuaba ella acogiendo el indescriptible amor de Dios por su Pueblo.

Día tras día sigue junto a nosotros. Si queremos y si se lo pedimos, viene en ayuda de nuestra poca fe. Nos rodea con sus brazos maternales y nos enseña. A aquéllos que tienen un corazón de pobre, les trae los tesoros del Amor que ha recibido de Dios.





PROVIDENCIA DE MI DIOS

Para concluir nuestro recorrido con Juan María de la Mennais, aquí tenéis una oración tomada de un sermón a las Hijas de la Providencia. Al rezarla, seremos transportados por un espíritu de paz, de abandono, de confianza, de gozo y de amor que nos permitirá penetrar en lo más íntimo del corazón de nuestro Fundador. Es el Espíritu del Señor quien ora, a través de estas palabras, en él y en nosotros.

Providencia de mi Dios, oh Madre que tantas veces he invocado, y a quien he ofrecido, consagrado, entregado esta casa, y cuantos ha reunido en ella tu gracia.

Providencia, siempre buena,, tan sabia, tan llena de piedad y amor para tus pobres criaturas, Te adoramos, te bendecimos, nos abandonamos en tus manos sin reserva.

Haz de nosotros todo lo que quieras. Sólo deseamos cumplir tu voluntad en todo: en las humillaciones y en las grandezas, en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte. Providencia de mi Dios, vela sobre sus hijos, Afiánzanos, dirígenos. Sé Tú nuestra defensa, nuestra guía, nuestro consuelo, nuestra alegría y nuestra esperanza.

¡Dios Sólo en el tiempo! ¡Dios Sólo en la eternidad!

(S VII p. 2165)



Roma, 8 de Septiembre de 2010?

En la fiesta de la Natividad de la Virgen María y Del aniversario del nacimiento de Juan María de la Mennais, en Saint Malo.

> Hno Yannick HOUSSAY Superior General